

le gritaban y se mofaban de ella por encontrarse bastante bebida.

La Bourroche (levantándose vivamente).—Yo no había bebido nada, mi respetable juez; mi hombre era el que estaba bebido. Preguntadle.

Bourroche.—Eso es verdad.

El ujier.—¡Silencio!

El presidente (á Crochard).—Vamos al hecho.

Crochard.—Entonces yo me acerco, porque siempre hay que mirar por el otro sexo, y le digo cortemente:—Señora, ¿quiere usted dejarse retratar? Semejanza garantizada, procedimiento privilegiado, inalterable... Operación en cinco minutos. Tomad el prospecto.

—¿Cuánto cuesta esto?—me dijo ella.

—Veinte sueldos—le respondo.—La invito á entrar en mi establecimiento; ella entra; la hago sentar en mi sillón; le sujeto la cabeza, puesto que no la tenía tranquila, y después saco su retrato.

La Bourroche.—Sí, hablemos del retrato, hablemos de él (furiosa). ¡Tenía tres narices!

Crochard (ratificando).—No, dos solamente, porque la señora estaba tan bebida, que no dejó de moverse en todo el tiempo.

Entonces yo le dije: «Esto vale veinte sueldos».

—Veinte sueldos; entonces quitadme estas narices.

Pero yo no podía quitar las narices; esta falta era debida á la señora que se había movido y yo insistía.

—Esto son veinte sueldos, veinte sueldos.

—Toma tus veinte sueldos redondos—me replicó entonces, y me dió un puñetazo en el estómago, que tuve que soltar el cliché.

La Bourroche.—¿Por qué me hizo tres narices?

Crochard.—¿Por qué se estuvo moviendo todo el tiempo?

El presidente (á la Bourroche).—¿Confiesa haberle pegado á Crochard?

La Bourroche.—Yo no he pegado á nadie; este señor ha sido muy grosero, haciéndome un retrato con tantas narices...

Crochard.—Todos los asistentes...

Presidente.—¿Qué asistentes?

La Bourroche.—Los que pasaban, que se habían reunido delante de la barraca, al ver que el señor cacareaba lo mismo que gallina que ha puesto el huevo, y los agentes...

Presidente.—Los agentes han debido intervenir... os han conducido á la prevención á causa de vuestro estado de embriaguez. Sentáos. La mujer Bourroche es condenada á cinco francos de multa, por borrachera, y otros cinco, por escándalo en la vía pública.

Crochard.—¿Y mis veinte sueldos, mi respetable presidente?

Presidente.—Podéis retiraros.

Crochard.—¿Entonces? ¿Cómo? ¿Qué? ¿Yo no cobraré mis veinte sueldos?

Presidente.—No haberle hecho tres narices, (al ujier). Llamad para otro juicio.

LA FOURELLE.

LAS HELADAS

Los graves perjuicios que á la producción agrícola causan las bajas temperaturas que en esta época del año se producen durante las últimas horas de la madrugada, han hecho que desde años, y aun siglos, se haya pensado en los medios más apropiados para defender el cultivo de estos grandes desensos de la temperatura.

Pero si el problema teórico que con esta cuestión se plantea es de sencilla resolución, no así el práctico, pues en todo lo que á la agricultura se relaciona entra, como factor de capital importancia, el aspecto económico.

La protección contra las heladas tiene necesariamente que verificarse al aire libre y se obtiene por dos procedimientos.

Consiste el primero en defender la planta por medio de pantallas, de paja, cartón ó estera, contra la irradiación nocturna del

calor, atendiendo principalmente á la irradiación conital, ó hacia lo alto.

Este método resulta bastante costoso ó inaplicable, por lo tanto; adolece de los mismos defectos de los anteriores, aunque en menor escala.

El segundo, mucho más práctico que el anterior, se funda en la mayor pesantez ó densidad del aire frío. Se utiliza esta propiedad haciendo que el aire más frío se aleje del pie de las plantas, para lo cual conviene *cortar* éstas y modificar ligeramente el relieve del terreno, abriendo zanjas de manera que la línea de vegetales ocupe el espacio más alto entre dos de ellas.

Este procedimiento es muy práctico y se emplea, con éxito, en Francia en el cultivo de la vid. Las zanjas, además, sirven para la desecación del terreno en los grandes temporales, propios también de esta época del año.

Existen, además, otros procedimientos de defensa que pudiéramos llamar preventivos.

Uno de ellos consiste en espolvorear con cal ó yeso los tallos jóvenes de las vegetales para disminuir su poder emisor para el calor. La bondad de este procedimiento no está suficientemente demostrada.

Otro consiste en la irrigación preventiva del suelo. El agua, gracias al gran número de calorías que necesita absorber ó emitir para que varíe muy pocos grados su temperatura, puede desempeñar análogo papel que los volantes de las máquinas de vapor; pues regula, en cierto modo, el calor de la capa de aire en inmediato contacto con el suelo, saturando dicha capa de humedad, durante las primeras horas de la noche, y desprendiendo 600 calorías por kilogramo de rocio en las últimas horas de la madrugada, en que la temperatura desciende más.

Y de propio intento hemos dejado para lo último el más práctico, que consiste en la producción de nubes de humo.

Estas nubes artificiales, pueden producirse quemando los restos de la producción vegetal. Los focos de calor deben colocarse en el límite del campo y hacia la región del horizonte donde con más frecuencia sopla el viento.

Pero todos estos medios preventivos necesitan, como complemento indispensable, el conocimiento anterior de la fecha en que son de temer las heladas. Desgraciadamente, tal conocimiento previo se imposibilita fijarlo con exactitud y con suficiente anticipación en el estado actual de la ciencia.

Tan sólo los Boletines meteorológicos publicados diariamente, pueden dar alguna luz sobre el asunto, siempre que las indicaciones, forzosamente generales, sean aplicadas lógicamente á cada región en particular. Y en su defecto, aunque mejor sería como su complemento, indicáramos el método propuesto por Kammermann, de extrema sencillez. Hélo aquí:

Observando durante varios días la temperatura marcada á las tres de la tarde por un termómetro cuyo depósito ó bola se halle previamente recubierto de un trapito, siempre humedecido, se observa que la comparación de estas lecturas con las temperaturas más bajas de las siguientes noches, da un número constante, el cual permitirá, por lo tanto, advertir el peligro de la helada. Supongamos, por ejemplo, que durante varios días se ha observado que la diferencia entre la temperatura mínima de la madrugada y la del termómetro humedecido sea de 5°; pues bien, si la lectura del siguiente día, por la tarde, ha sido de 2°, es muy posible que durante la madrugada siguiente descienda el termómetro á 3° bajo cero.

Esta indicación podrá servirnos para utilizar, con fruto, los medios preventivos.

RIGEL.

BOCETOS

LIBERTADES

Un mendigo, infeliz prisionero de su horrible miseria, ha defendido su libertad á mordiscos y patadas, con las uñas y con los puños, para impedir que lo llevasen á un Asilo.

—¿Qué será de mí si pierdo la libertad?—decía arrastrándose por el suelo para defenderse de sus opresores.

Y las personas que le oían mirábanle con asombro y con espanto. ¿Para qué le serviría la libertad á aquel despreciado, víctima de la opresión de sí y desdicha, vasallo de sus vicios ó esclavo de sus no atendidas necesidades?..

Se comentaba con sarcasmo el hecho y reíase con desdén la supuesta gracia. —¡Está borracho!—decían, Y era verdad. Estaba ebrio de rabia el pobre hombre.

La libertad es como la salud; nadie sabe lo que vale hasta que se pierde ó hasta que se logra después de haberla perdido.

Muere el pájaro que encierran en jaula de oro, aunque le ofrezcan en comedero de plata alpiste y cañamones, escarola y azúcar; muere igualmente el hombre á quien se facilita pan y abrigo, buen lecho y mejor mesa de la que nunca disfrutó, si encadenan su voluntad si se oponen á la realización de su deseo, si coartan sus aspiraciones, si no le dejan recorrer el campo y la ciudad, el llano y el monte. La libertad es el alimento de los hombres bravos, de las personas de entendimiento y de los humanos de voluntad.

Por eso los pueblos libres son más fuertes, más civilizados, más lógicos; porque tienen el tacto de no convertir la libertad en libertinaje, que es el vicio perjudicialísimo en que caen algunos pueblos desorganizados por defectos de origen.

Las libertades bien entendidas constituyen segura garantía de prosperidad y engrandecimiento individual y colectivo. Ved al mendigo. Prefiere los mendrugos de la miseria á la comida sana, caliente y confortable del Asilo.

Así proceden muchos pueblos cuando una mano hábil y un entendimiento probado no saben dirigirlos por el camino del bien, permitiendo la libertad del pensamiento dentro de una disciplina ejemplarísima.

R. MESA DE LA PEÑA.

¡NUNCA!

Hubo promeditación en tu siniestra agresión; lo ha confesado tu labio. Mas si desprecio el agravio no perdono la traición.

En la sombra me acobaste y por la espalda me heriste; mi santo amor calumniaste, y sobre él acumulaste todo el cieno que quisiste.

Unidos en tu venganza fueros, repletos de furia, á asesinar mi esperanza, el odio con la asechanza, y la afrenta con la injuria.

Y tu pecho desleal, al sentimiento elemental cerrado con piedra y cal, sobre la herida mortal aplió el hierro candente.

Alma desagradecida que por vengar un desdén blandes el hierro homicida, y artera matas á quien debes aún más que la vida:

¡Inútil es que postrada, tu arrepentimiento llame con triste voz angustiada á mi piedad, enterrada por tu alevosía infame.

Que hubo promeditación en tu siniestra agresión, lo ha confesado tu labio; y si desprecio el agravio no perdono la traición.

PEDRO BARRANTES.

NOTAS FEMENINAS

Periodista práctica.—Pais de celibatarios. —La heredera de 27 millones.—Otro capricho de la suerte.—La reina de Portugal.

Una escritora apasionada de su arte como lo han estado pocas, va á publicar sus Memorias, que, seguramente, harán gran eco. Miss Bank, es natural de Virginia y em-

pezó su carrera de periodista en América, de donde pasó á Londres.

Seguía al pie de la letra la máxima de hacer sus artículos experimentales. Aprendió á sacar fotografías y en Londres y Nueva York; ha examinado todas las clases de la sociedad, viviendo todos sus artículos.

Disfrazada, frecuentó los hospitales, las tabernas y las prisiones, con elegantes trajes, dignos de una duquesa, pudo introducirse en los salones y en la intimidad de las grandes damas.

Se dice que los recuerdos que va á publicar, son algo picantes y que no se sabe si admirar más en ellos las aventuras ó el valor con que están descriptas.

Irlanda, ese país desgraciado y tan simpático como todos los pueblos oprimidos, es bien ingrato con sus hijas.

Según una estadística hecha recientemente en Dublín, un cincuenta por ciento de mujeres mayores de veinte años, se quedan sin casar y esta proporción es la misma en las otras ciudades.

Resulta, pues, Irlanda, un país de celibatarios, cosa poco favorable para realizar sus sueños de independencia.

La suerte tiene arcanos insondables; una mujer, que empezó su vida en la mayor pobreza, se ve hoy por uno de los caprichos de la veleidosa fortuna, dueña de 27 millones.

Era una pequeña costurera de la calle de la Paz, en París.

Destinada á llevar los encaños á las casas, desempeñaba su cometido con sencillez y alegría; se admiraba de que hubiese gentes ricas y no llegó á envidiar la fortuna; quizá porque ella estaba contenta el destino cambió su suerte.

Una dama americana hizo unas compras en el taller y la muchacha fué encargada de llevarlas.

Aquella señora tenía tres hijas tuberculosas, que simpatizaron con la modista en el rato que estuvo allí y quisieron llevarla con ella á América. Los padres de la pobre Lucía Bayel consintieron y la parisiense marchó al Nuevo Mundo.

En gracia, su alegría y su actividad le conquistaron el cariño de la familia que la trató como á una amiga.

Pero el destino inexorable se cumplió; una tras otra las tres tuberculosas sucumbieron con las primeras brisas otoñales; y la madre no tardó en seguir las.

Entonces el anciano padre no se encuentra con fuerzas para separarse de Lucía, y la adopta.

De este modo la pobre modista parisiense es la heredera de una fortuna de 27 millones.

Pero si los caprichos de la suerte son favorables para unos, son bien crueles para otros. En prueba de ello vamos á citar otro caso reciente:

Ya es sabido que la democracia americana se compone de reyes. Mr. Clark es el rey del cobre. Las minas de Montana le han producido otra montaña de oro. Rico, y acostumbrado á ser obedecido, no conocía obstáculos á su voluntad; pero últimamente se apoderó de su imaginación un capricho, cuya satisfacción no depende del dinero.

Mr. Clark tenía cinco hijos casados y ninguno le daba un nieto.

El banquero prometió un millón de dólares á la primera de sus hijas que le diese esa satisfacción. Dos de las hijas tuvieron hembras, y al fin, una de sus nueras dió á luz al deseado varón.

Inmediatamente se telegrafió al abuelo, que se encontraba en París, y éste envió las órdenes para que se entregase el ofrecido millón.

Todo parecía sonreír al presunto heredero del reino del cobre; pero en este momento interviene la fatalidad. La joven madre muere, y aquel pobre niño, objeto de tanta alegría, queda tan solo como un testimonio de duelo.

El rey D. Carlos, de Portugal, antes de emprender su nuevo viaje por Europa, entregará todos los Poderes reales á su esposa, la reina María Amelia, princesa de Orleans.

El soberano puede estar tranquilo en su ausencia por los destinos de Portugal, sus súbditos acatan al nuevo jefe del Estado reconocen en la reina una mujer de espíritu superior,